

LA AVISPA

DIRECTOR: FERNANDO MATEOS AGUIRRE

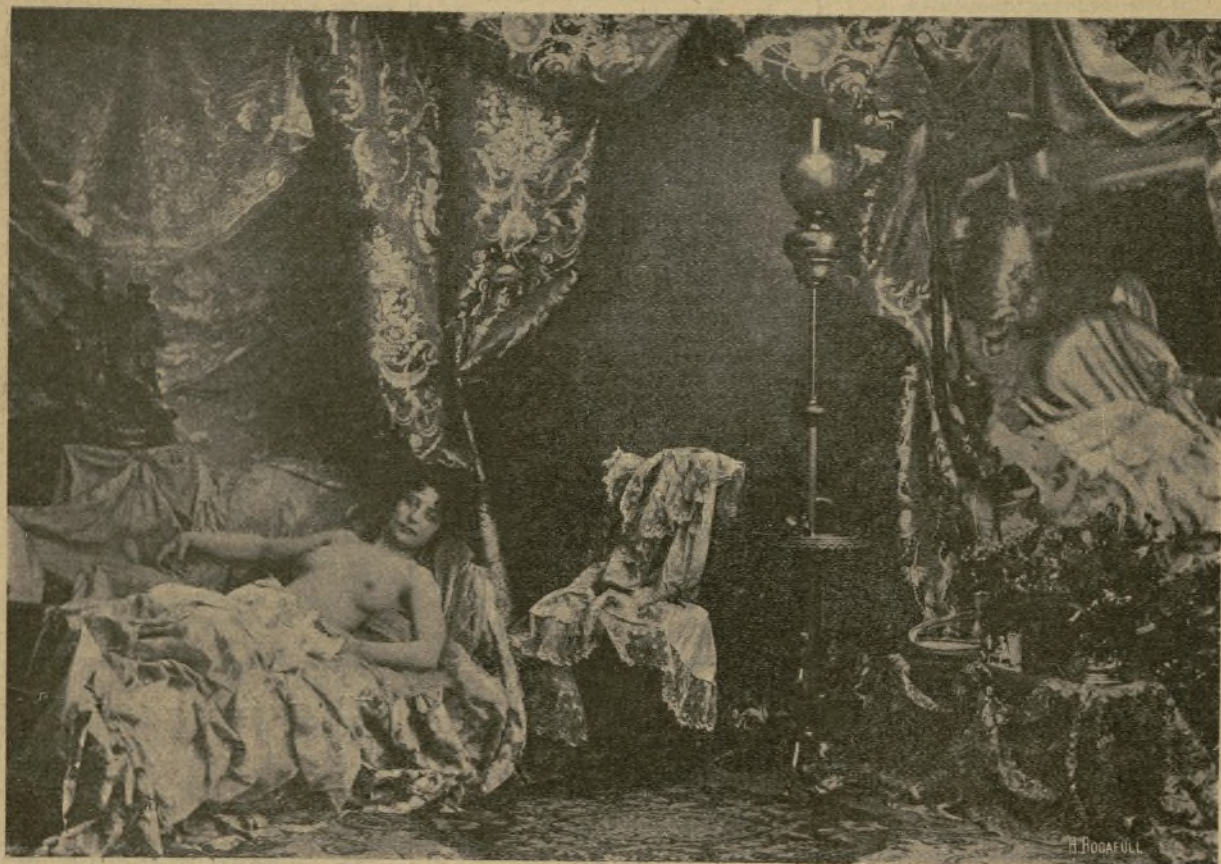
REDACTOR-SECRETARIO: ALEJANDRO PIZARROSO

5 Esta Redacción es defensora ardiente de la juventud literaria española é hispano-americana, y admite para su publicación cuantos trabajos cortos y aceptables, en prosa ó en verso, procedentes de la *gente moza*, se le envíen á tal fin. (No se devuelven los originales.) El que lo desee tiene derecho á reproducir los trabajos que publicamos, aun sin citar la procedencia, pero agradeceríamos que se citase.

3 CÉNTIMOS. — LA CORRESPONDENCIA AL GERENTE DON MARCIAL L. GUERRA. MADRID. BUZON CÉNTRICO, ALCALA, 23

REGALO DE 50.000 PESETAS

que hace LA AVISPA al afortunado de sus lectores que sea designado por la Lotería Nacional. (Véase la página 3.)



Portfolio de LA AVISPA.—Serie A.—El sueño de una modista.—Núm. 6. ...Las hadas desaparecieron como por encanto, y ella, ruellemente recostada en cómoda *chaise-longue*, mal cubierta por ricas sábanas de finos encajes, veíase entre sueños rodeada de ricos tapices, en lujoso gabinete con grandes espejos, elegantes muebles y alumbrando la estancia con azulados reflejos un artístico faro de dorado bronce y bomba esmerilada. En sueños veía realizados sus pensamientos, sus deseos, sus ansias...

(Fotografías de Huguens y Acosta, fotgrabado de Rocafull, impresión de Hijos de M. G. Hernández y pape de Menéndez y Cañedo.

LAS HIJAS DE LA LUNA

POR PAUL FEVAL

39

(Continuación.)

—Es preciso recobrar las fuerzas, Marta—decía el anciano,—porque aún no han terminado las pruebas de vuestro infortunio... La desgracia ha caído sobre nuestra casa y, por grandes que sean las faltas de René, debéis ayudarle y procurar consolarle en su aflicción.

En aquel momento dió las once el gran reloj del salón: al sonido agudo del timbre, René se incorporó cual si un brusco sacudimiento le hubiese despertado de su sueño.

—¡Las once!—murmuró sin parecer acordarse de lo que había pasado.—¿Qué tenía yo que hacer á esta hora?

Dirigió una mirada en torno suyo y continuó:

—Esta sala es ahora muy grande; en otra época, cuando todos estábamos reunidos, parecía mucho más pequeña.

Púsose á contar con los dedos con lentitud.

—Vicente, Diana, Elena, vuestros tres hijos, tío... Blanca de Penhoel, Roger, nuestro hijo adoptivo... luego Roberto de Blois—añadió más bajo—y Lola... ¿Por qué nos han abandonado todos á la vez?

Se interrumpió estremeciéndose.

—¡Oh!—exclamó lanzando un suspiro.—¡Ya lo recuerdo!

Levantóse, sin señales de embriaguez, y repitió:

—¡Lo recuerdo!... ¡Esta es la hora en que Penhoel debe abandonar para siempre la casa de su padre!

Marta permanecía inmóvil y fría; el tío Juan estaba profundamente afectado.

—Vamos, sobrino mío—murmuró,—¡ha llegado la hora! ¡Que Dios te dé valor para este último sacrificio!

René dió un paso hacia la puerta, sus pies tropezaron con los restos del retrato de su hermano, roto por él, y se detuvo, dirigiendo una mirada á su mujer.

—¡Si al menos me amara!—dijo con desesperación.

Marta se levantó, al fin, acercándose á Penhoel.

—René—dijo,—mientras no me despidáis, permaneceré á vuestro lado y... os amaré—añadió, haciendo un esfuerzo.

—¡Oh, Marta! ¡Marta!—murmuró Penhoel, mirándola.—¡Si hubieseis querido!

Volvióse hacia el tío Juan y, señalándole con el dedo las dos espadas, le dijo:

—Gracias.

Luego salió del salón, seguido de Marta y el anciano.

No hallaron á nadie en su camino: el castillo parecía completamente abandonado, lo mismo que el jardín.

Al abrir el tío Juan la puerta que daba al campo, Penhoel dudó un momento.

—Vamos, sobrino mío—dijo el anciano.—Dios tendrá piedad de nosotros.

René se cubrió el rostro con las manos y salió sin dirigir atrás una mirada.

LA CENA DE PENHOEL

La tempestad que amenazaba estalló con violencia al bajar René, Marta y el tío Juan la pendiente que conducía á la cabaña de Benito el barquero.

—¿Qué noche tan terrible va á ser ésta para los que no tienen asilo!—murmuró el tío Juan.

—Nosotros carecemos de él—dijo René.

—Entre nuestros antiguos colonos...

insinuó Marta, con los cabellos empapados en agua.

—No hay que pensar en eso, hija mía—interrumpió el tío Juan;—los que nos echan no han olvidado nada... La hospitalidad que nos concediese algún pobre hombre sería su desgracia y la de su familia.

La lluvia y el viento aumentaban cada vez más.

René se detuvo.

—En una noche como ésta—dijo,—abrí yo las puertas del castillo al hombre que hoy me arroja de él... ¡No encontraré un asilo donde refugiarme, yo que nunca he negado á nadie la hospitalidad... excepto á uno!—añadió en voz baja.

—Vamos, sobrino mío—dijo el tío Juan aparentando buen humor.—Todo se reduce á arrostrar una tempestad... ¡Un rato de placer para un cazador! En todo caso, podemos estar seguros de hallar buena acogida en la casa de nuestro amigo el posadero de Redón.

—Es verdad—dijo vivamente Penhoel,—ése, al menos, nos quiere y es bastante rico para mantener á Marta mientras yo vaya... ¡Dios sabe dónde!

—Donde vayáis iré yo, Penhoel—contestó Marta.

René aparentó no haberla oído.

—Es preciso que vaya lejos, muy lejos, porque esas gentes conservan un arma terrible contra mí, y mientras me vean al alcance de sus tiros me herirán sin compasión... Hasta mi muerte temerán verme volver á la casa de mi padre.

—Y harán bien, sobrino mío—dijo el tío Juan afectando una esperanza de que carecía,—porque Dios es justo y volveréis á ella algún día.

En la cabaña de Benito Haligan brillaba una luz, y el tío Juan, que iba delante, propuso detenerse en ella para dejar pasar la tempestad.

Al entrar vió á un hombre sentado en el dintel con la cabeza entre las manos.

—¿Eres tú, Benito?—preguntó.

El hombre levantó la cabeza y el tío Juan reconoció al posadero de Redón.

—¡René! ¡Marta!—gritó con alegría.—Aquí está nuestro amigo Geraud que va á sacarnos de nuestra difícil posición.

El posadero se levantó en silencio y se quitó el gorro con respeto, apartándose á un lado para dejarles pasar; en su fisonomía había tristeza y desaliento, y al entrar la señora le tomó la mano llevándose á los labios.

Benito Haligan se había incorporado.

—Encended otra antorcha, Geraud—dijo.—No todos los días visitan los señores de Penhoel á su fiel servidor.

—¿Es cierto lo que acaba de decirme Benito?—murmuró el posadero con voz alterada.

—¿Qué ha dicho?—preguntó Penhoel dirigiendo una mirada compasiva al barquero.

—He dicho—dijo éste—que René de Penhoel iba á necesitar á los que han comido el pan de su padre...

—¿Es verdad!—contestó René.

—Han tenido la crueldad de echaros á vos, Penhoel, á vos, Mr. Juan, y también á vos, señora?

—Y hemos contado con vos, amigo Geraud—añadió el tío Juan.

El posadero movió la cabeza.

—He hecho lo que he podido—dijo;—ahora no poseo ya nada.

—¿Ni aun un asilo que dar al hijo de tu señor?—preguntó el tío Juan con amargura.

—¡Ni aun eso!—contestó el posadero.—Esta mañana los curiales me han puesto en la calle con mi mujer, que lloraba... La

pobre había creído morir en la abundancia y á su edad es muy doloroso ir á pedir limosna por los caminos.

René se había sentado lo más lejos posible de Benito.

—También esta vez yo soy la causa de todo—murmuró.—Desde hace dos años me llevaba Geraud dinero todos los meses... La última vez me dijo entregándome la bolsa: «Es cuanto poseo...» ¡Y yo lo perdí todo en una sola partidita!

—Cuanto yo poseía era vuestro, Penhoel—dijo Geraud;—lo que siento es no tener más.

El tío Juan se acercó al posadero estrechándole la mano en silencio.

La cavernosa voz del barquero se dejó oír.

—Al cuello de la señora—dijo—hay una cadena de oro con cuyo importe se puede ir muy lejos.

Marta presentó la cadena al tío Juan.

—Iré con vosotros—dijo Geraud—aun cuando sea hasta París, porque como no estáis habituados á serviros...

—¿Y vuestra mujer?—interrumpió Marta.

—Cuando yo era marino, permanecía sola por espacio de años enteros... He nacido en Penhoel y no quiero abandonar á mis señores.

Al cesar la tempestad los cuatro se dirigieron hacia la barca de Port-Corbeau.

Mientras Geraud desamarraba la barca Marta, que se había quedado a'go detrás, se volvió para dirigir la última mirada al castillo. En el sendero, alumbrado á medias por la luna que aparecía por entre las nubes despejadas por el viento, vió á través de las mojadas ramas dos jóvenes, cuyos largos cabellos flotaban al último soplo de la tempestad.

Marta unió las manos y cayó de rodillas lanzando un débil grito.

El tío Juan se lanzó hacia ella.

—¡Las he visto!—respondió Marta á las preguntas del anciano.—¡Las dos!... ¡La muerte no las ha desfigurado!... ¡Me han echado un beso con su sonrisa angelical! ¡Oh! ¡Las veré con frecuencia porque ahora saben cuánto las amaba!

Apenas habían dejado el gran salón del castillo Marta, René y el tío Juan, cuando se abrió una puerta lateral dando paso á Mr. Roberto de Blois, quien había visto y oído la mayor parte de lo que acababa de suceder.

—¡Qué bestia tan feroz y estúpida!—murmuró con sonrisa desdeñosa.—La iba á matar á no ser por ese viejo palurdo de tío con abarcas que, á decir verdad, se ha portado como un hombre.

Dirigió una mirada á la espada que estaba en el suelo y continuó:

—Pardiez, ¡vaya una guardia que tenía!... No veía más que chispas.

Tendióse en el sillón donde antes se sentaba Penhoel, y unió las manos sobre su estómago.

—¡Eh! ¡todo eso pertenece ya á la historia antigua!—prosiguió—Ha caído el telón, concluyó la farsa y comenzamos la era seria de nuestra existencia... Se trata ahora de ser un hombre grave y usar de nuestra fortuna cual corresponde.

Agitó la campanilla que estaba á su lado.

—Mi carrera por los campos me ha abierto mucho el apetito—dijo;—pero no he perdido mi trabajo... Blanca está en seguridad y mi edificio tiene todos los cimientos que necesitamos.

Un criado se presentó en la puerta.

—Encargad que me preparen la cena—dijo Roberto.

(Continuará.)

A NUESTROS SUSCRIPTORES Y LECTORES

REGALO DE 50.000 PESETAS

En la imposibilidad de repetir el Boletín de sorteo, pues nos ocupa mucho espacio que necesitamos para otros originales, advertimos que sólo lo publicaremos en LA AVISPA del día 30 de cada mes. Los que deseen optar al premio, deberán remitirnoslo antes del día 15; pues pasado este día no entran en sorteo.

Boletín del sorteo 31 Agosto 1901

que deben de remitir antes del día 15 los residentes en la Península, Baleares y costa de Marruecos. Los de Canarias, Fernando Póo, Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Extranjero, se les aplicará al sorteo del mes en que se reciba.

Sr. D.

calle , núm.

de

NÚMERO QUE INDICA

Todos los lectores de LA AVISPA que aspiren a este regalo, deberán llenar el anterior boletín con su nombre y dirección, bien inteligible para evitar errores, é indicar un número cualquiera, desde el 1 al 31.000, que son los comprendidos en el sorteo de la Lotería nacional correspondiente al 31 de Agosto próximo. Una vez lleno, cortarlo y remitirnoslo, por carta los de provincias, y los de Madrid depositándolo en nuestro buzón, Alcalá, 23, siempre antes del día 15. Los suscriptores pueden indicar el número por carta, sin cortar el boletín, pues ya los tenemos anotados en nuestros libros, teniendo la facultad de escoger un número fijo para todos los sorteos, durante el tiempo en que estén suscritos.

Aquel de nuestros suscriptores ó lectores que haya indicado el número más aproximado al del premio mayor de dicho sorteo recibirá el regalo de MEDIO BILLETE DE LA LOTERÍA NACIONAL que se jugará el 30 de Septiembre próximo, y que en el caso feliz de salir agraciado con el premio mayor le corresponderán 50.000 pesetas, un verdadero capital en estos tiempos.

Para garantía, publicaremos todos los números que se indiquen en LA AVISPA que sale el día 20; pero han de enviarse los boletines antes del día 15, pues entra en máquina el número el 16. Como se comprenderá, no hay posibilidad de engaño ya que no pueden optar al premio más que los números publicados.

Cada lector puede enviarnos los boletines que quiera, consignando en cada uno un solo número. Así puede probarse la suerte tantas veces como se desee.

Los de provincias no tienen que franquear el sobre con sello de 15 céntimos; bastará uno de 1¼ de céntimo de peseta, enviando sólo el boletín en sobre abierto,

ó bien cerrado cortada una punta, para que se vea el contenido, pues se considera como impreso.



Dicen los provincianos que los que en Madrid vivimos sólo pensamos en divertirnos, y acaso tengan razón, pues no pasa semana sin que tengamos un espectáculo nuevo, sobre todo en esta época del año.

Es verdad que los espectáculos á que me refiero se reducen á verbenas con músicas, bailes y fuegos de artificio; pero como la entrada á ellos es gratis, detalle importantísimo en los tiempos que corremos, el público acude á ellos como moscas á la miel.

Con los calores que disfrutamos sólo se piensa en fiestas nocturnas y el aeronauta capitán Martínez (los aeronautas son casi todos capitanes) ha propuesto á nuestro Municipio la celebración de festejos nocturnos en el Parque de Madrid.

Proyecta establecer iluminaciones eléctricas y celebrar regatas á la veneciana, fiestas náuticas, conciertos de bandas y orfeones y ascensiones del citado capitán en cometas aeroplanas.

Siendo, como es, el Retiro el sitio más delicioso de la corte, parece mentira que nos lo cierren de noche por falta de alumbrado. Ahora se intentan esos espectáculos; veremos cómo resultan.

Nuestras ilustres cursis invadirán aquellos hermosos paseos y frondosas alamedas, y seguramente convertirán el Parque en salón de tertulia donde se murmurará de lo lindo, porque es sabido que en los paseos madrileños se cortan más vestidos que en los talleres de todas las modistas de la villa.

En el verano parece que se desarrolla más la manía murmuradora y en cuanto un periódico anuncia el viaje, la boda ó enfermedad de una persona más ó menos conocida, ya están nuestras cursis apoderándose del nombre, averiguando detalles de su vida íntima y comentándolos con intención y fines poco cristianos.

Bien es cierto que hay algunos casos que se prestan á sabrosos comentarios, y conste que no soy de los murmuradores por sistema.

Y si no, ahí tienen ustedes á esa señora que ha sido denunciada por su propio esposo como autora de una sustracción de mil pesetas del domicilio conyugal.

¿Puede darse nada que se preste á más comentarios?

¡Una señora estafar á su propio esposo! Este es un progreso del vigésimo siglo.

Antes las mujeres lo más que hacían era sisar algunas pesetillas para alfileres ó perfumes; pero como en todo se adelanta, ahora las hay que ya se dedican á mermar la hacienda conyugal para gastos más superfluos aún que el de los perfumes, que halagan el olfato, y el de los alfileres que sirven para prender el tocado que deleita á la vista.

Indudablemente prospera el feminismo en su mal aspecto, y la mujer, que siempre fué considerada como ser débil sometido á la voluntad á veces tirana del hombre, sacude el duro yugo y avanza por derroteros no muy convenientes acaso.

¡Hacen cada cosa ahora nuestras señoras mujeres!

Ahí tienen mis lectores á Mad. Scubert,

esposa de un agregado militar francés y á miss Wood, hija del vicealmirante inglés, que han atravesado á nado el Bósforo entre Therapia y Beikos, ó sea un estrecho de dos kilómetros.

Si nuestros abuelos levantan la cabeza y se enterasen de actos semejantes realizados por mujeres, ¿qué pensarían?

Entre aquellas damiselas con trajes de medio paso y chales de espuma y nubes jóvenes vistiendo trajes de corte inglés, hay notable diferencia.

Hace pocos días, en el proceso de lord John Francis Stanley, segundo conde de Russell, se ha averiguado que el conde sufrió persecuciones por parte de la hija de lady Scott, que le han conducido al banquillo de los acusados á pesar de su alta investidura, de donde ha salido incapacitado y condenado á prisión que sufrirá en el castillo de Holloway.

Estas son las mujercitas del día; y por si no fueran bastantes los datos indicados, allá va uno que creo que traspasa los límites de lo tolerable.

En Sainte Catherine una joven de linaje ascendencia, adiestrada en todos los juegos deportivos, se enamoró de un ciclista, y en vista de que éste no la correspondía en su amorosa pasión, lo hizo secuestrar, y en nueve días que lo tuvo preso lo martirizó de tal modo que se teme que el ciclista muera ó pierda la razón.

Si el ejemplo cunde, ya pueden temblar los jóvenes en estado de merecer.

Las mujeres son más arriesgadas que nosotros; sobre todo las del siglo XX.

Alejandro Pizarroso.

CUENTECILLO

Para Francisco Caro.

Un estudiante muy tuno, llamado Trifino Sierra, sostenía relaciones con una linda morena, hija de un rico estanquero, y tan candida y tan buena, que a su novio regalaba un veguero, ó sea una breva, no en verdad todos los días, pero sí con gran frecuencia. ¡Y qué mal pago le daba á la joven el tronera! Un cuarto de hora no más charaba con Enriqueta, y cuando ella compungida reprendíale con ternura, él para sí se decía escuchando á la estanquera: —Las visitas son muy breves... ¡pero qué largas las brevas!

Rodrigo Orta.

CÓMO SE OLVIDA

La amé en otro tiempo que creía que á mi también su alma me adoraba, y pensando en la dicha que extasiaba á mi alma toda muy feliz le hacía.

Pero llegó un fatal y triste día que supe que la ingrata me engañaba, y aunque yo convencido de ello estaba, jamás pudo olvidarla el alma mía.

Murió la ingrata, ya se fué del mundo; lloré su muerte con triste desconsuelo, más mi puro y ardiente amor fecundo huyó del alma con ligero vuelo, y olvidé aquel cariño tan profundo estando yo en la tierra, ella en el cielo.

Francisco Carmona González.

RETAZO

Una vez dijo Loreto: —Yo llevo como amuleto un retrato de papá. A lo cual respondió Prieto: —Yo un cerdo.

—Lo mismo da.

Rafael Pérez Gómez.

EL PODER DE LA IMAGINACIÓN

Un día del mes de Mayo se acercó á mi una joven hermosa, y con una voz de ángel me dijo:

—Señorito, una limosna por Dios, que tengo á mi padre enfermo y no encuentro medios para alimentarlo. Yo trabajaba en casas particulares, en coser ropa blanca; pero la enfermedad de mi padre no me permite ocuparme nada más que en cuidarle, y por esto le pido una limosna.

La entregué unas monedas, y ella me dio las gracias y aljóse.

Me fui para la clase, llegué frente á la Universidad, y fué tanta la impresión que me causó la joven que no podía dejar de pensar en ella. No pudiendo dejar sola á la pobre, volvíme y me fui tras ella.

Al poco rato la vi entrar en una buena casa; le pregunté á la portera y me contestó que no la conocía.

La esperé en la portería un buen rato. Miro á la escalera y una criada me llama; subo al principal y me recibe una señora de unos cincuenta años, que por sus modales y buena educación demostraba ser de alta alcurnia, que me dijo:

—Por la cara que ha puesto usted comprendo que una cosa de mucho interés le ha traído á la portería. Con franqueza me va usted á decir qué es lo que tanto le ha llamado la atención.

Quedé mudo, no sabía qué contestar á un escrutinio tan finamente dado. Al cabo de unos minutos le pude decir que había visto á una pobre mendiga que demostraba, por sus modales y sus palabras, haber sido señorita muy principal, y aunque pobre, me había enamorado de ella y quería casarse si ella lo consentía.

Decir esto y salir la pobre vestida elegantemente todo fué cosa de un momento, y no pude oír nada más que lo siguiente:

—¡Usted me ha querido siendo una pobre mendiga, conozco que su amor es verdadero y, por esto, le correspondo! Yo soy muy rica, y me vestí con estos guñapos para ver si encontraba un hombre que me quisiera...

No pude oír más, porque fué tanto lo que me impresionó que di un salto, y adónde dirán ustedes que me encontré? Pues en el suelo, con un chichón más grande que una breva, y todo fué por estar durmiendo.

Este ejemplo demuestra el gran poder de la imaginación.

¡Había soñado!

MIGUEL CARMONA Y GONZÁLEZ.

¡HALLÉ LO QUE BUSCABA!

A la bella Srta. Esperanza Bescós.

En busca de amor sincero vagó mi mente algún día, confiado en que no habría de hallarlo en el mundo entero.

Corrió regiones sin cuento y todas fueron iguales... caritas angelicales y corazón de cemento.

Y cansado de correr tras de tan grata ilusión, á ti te hallé y, con pasión, con alegría y placer,

gracias al Omnipotente por ponerte en mi camino; pues si tu rostro es divino, simpático y complaciente,

también Dios te ha concedido un alma pura y sincera... ¡Ya he cesado en mi carrera por hallarme complacido!

Braulio de la Calle.

LA REDENCIÓN DEL TRABAJO

(CUENTO)

A mi querido amigo D. Tomás Valero.

I

Pesaroso se encontraba D. Alberto, conde de la Plata. No encontrando alivio para su infinita melancolía, estaba próximo á recurrir al suicidio. No veía en él la imagen de la muerte bajo su repugnante y material aspecto; por el contrario, la consideraba como la más bienhechora de las damas, puesto que había de ser la única que curase su melancólica dolencia.

¿De qué nacía esta profunda melancolía?

De la muerte de su esposa, divina mujer, tan pura en el cuerpo como en el alma, que había sabido endulzar la paz del hogar y la existencia de su esposo, dejándole el sumido á su muerte en el más desgarrante de los dolores y la más profunda de las melancolías.

En vano trató D. Alberto, de ahogar el sentimiento que le apenaba. Buscó distracciones entre las otras mujeres, y nada; convenciéndose una vez más de que las caricias pagadas abrasan el rostro del que las recibe, mientras que las puras perfuman, por decirlo así, el ambiente del que las respira.

Desengañado de las mujeres, quiso ver si con la bebida hallaba lo que con aquellas no había podido: un poco de alegría; obteniendo peores resultados.

Si con las mujeres se hastiaba, con los licores se moría.

Sombria expresión tomaba su semblante cuando, con la copa de cognac puesta en la mármorea mesa del café, tornaban los recuerdos de su difunta esposa, de aquel ángel familiar, como él la llamaba.

Todo estaba arreglado, su resolución era firme; en cuanto dejara en orden sus asuntos, una bala homicida curaría su terrible enfermedad.

La víspera de llevar á cabo su criminal resolución, fijóse distraidamente en un cartel puesto sobre una pared, y que, sobre poco más ó menos, decía:

«Obreros, ocho horas.»

«Gran meeting.»

Su corazón se abrió entonces al acariciador soplo de la esperanza. Una profunda convicción se arraigó en su alma desesperada: recurrir al trabajo en vez del suicidio.

II

A los dos años ya no quedaba resto alguno del conde de la Plata. Su persona se había sustituido por otra, que si no contaba con grandes honores, poseía el inmenso tesoro de la felicidad, por la del señor Alberto, como familiarmente le llamaban en la imprenta.

Desde que realizó el feliz pensamiento de ponerse á trabajar, la melancolía alejóse de su alma para dar cabida á la más pura felicidad.

Remediando con sus inmensas riquezas las necesidades de los obreros, pronto se halló con mil bocas que le bendecían y con mil vidas dispuestas á sacrificarse á su menor indicación.

Y D. Alberto, completamente feliz, también le bendecía, agradecido de la cura de su penosa enfermedad.

Le había redimido el trabajo.

JUAN RUVIRA JIMÉNEZ.

CUENTO VIEJO

Con un gran arado al hombro y montado en un pollino, regresaba un labrador á su misero cortijo.

Con un compañero suyo encontrábase en el camino, el cual, al verle cargado, de esta manera le dijo:

—¿Por qué llevas eso al hombro?

—Se puede saber, amigo?

Y el otro le respondió:

—¿Qué, no lo aciertas?

—No, chico.

—¡Rediós! Pues yo creo que es de «divin» bien sencillo.

Lo llevo al hombro porque

no se cansa mi borrico.

Adolfo Sánchez Carrere.

ALBORES

A mi amigo y compañero D. Francisco Caballero.

Rasgando el velo que á la noche cubre aparece el luminoso matutino que aspira en los aromas delicados y contempla á las flores muy esguino, y admira la belleza que pre-entran sus corolas con gotas de rocío, que parecen más bien perlas preciosas adheridas en algo que es divino. A las aves escuchas entusiasmado, que alaban el alba con sus trinos y el susurro agita á las arañas que se resbalan entre flores que se inclinan por verse retratadas. Comulgado, luego el sol aparece majestuoso, y con sus rayos de oro matutinos sonriente admira desde el cielo aquello que hermosa con su brillo y hace que la tierra en ese instante parezca el deseado Paraíso.

Así en la vida la infancia nos presenta los primeros albores tan divinos, que después con el sol del desengaño poco a poco se cambian en martirios.

Alberto Gallego García.

LAS «VECINAS» DE MIS «SOIRÉES»

En la Inés de la Santa calle, y perdone el número que del lector no me acuerde, viví en tiempos, teniendo en el lado opuesto de mi cuarto las vecinas de quien voy á tratar.

La Sra. coronel, viuda de un Gómez licenciado del ejército, tenía dos feas que eran muy hijas, pero que ganaban algunas simpatías gracias á las soirées que daban y á las bandejas servidas en unas preciosas galletas de una criada, que las pasaba, una fabricante de su pueblo natal, por delante de los convidados, con mucha ligereza, para que no cogieran más que una: eso que había quien metía las galletas en las dos manos de la bandeja.

Pues bien, gracias á eso las habitaciones podían ver sus niñas llenas dos días á la semana de merengues, que eran obsequios con amigos que había para los caballeros.

Un día, por invitación de la niña menor, fui convidado á la soirée que había de celebrarse el jueves, y que por la ilusión de ver lo que era aquello me decidí á asistir.

Al entrar en el pasillo estaba iluminado por la criada (época Luis XV) que sostenía la lámpara de la casa, y las niñas, con los labios en la sonrisa, iban saludando á los mosquitos que iban entrando, dolorosos de los picotazos de los amigos que había en la escalera.

Entré saludando á un armario y tropecé con la mamá, que en un rincón estaba, y que por la falta de claridad no distinguí.

Después que las habitaciones no podían dar un paso por las personas, la niña ma-

por se sentó en el piano delante de la silla (hay que advertir que la *banqueta* no les dejaba comprar una misera *soirée*) y con una ligereza admirable corrió el teclado por las manos del piano y comenzó la música.

Empezó el vals por el baile y poco a poco fueron convirtiéndose en parejas varios jóvenes que giraban alrededor del gracioso *po'vo*, que salió escapado de aquel sitio porque le dieron un pisotón y porque se le ponía en la garganta el *Pe-pito*.

Al fin, *bai'adas* varias piezas por la niña mayor y *tocadas* con las jóvenes allí presentes, vino el descanso y el obsequio.

Aquel día, por ser de gala, hubo un extraordinario. Apareció la *puerta* con la bandeja en la mano por la criada del pasillo.

Fueron sirviendo en el *café puro* de la señora Rita, la cacharrera de la esquina, un *se vício de tazas* de la propia Moka.

Hubo quien, por hacer de gracioso, besó la parte posterior de la *mamá* y la dió á beber un sorbo á la *taza*.

Después siguieron bailando los chistes y *di tendo* vales, que por la inoportunidad parecía aquello una sucursal de las *flo es*, á pesar de las *funerarias* con que se obsequiaba á las señoras.

Concluyó el baile y comenzaron á jugar á las *mamás*, mientras las *prendas* hablaban de las gracias de sus hijas.

Así estuvieron largo tiempo, y yo, harto ya de todo, *de los chistes*, que me hacían daño en el estómago, *del café* que lanzaban los concurrentes y, por último, con el *sudor* que tenía en la garganta y el *po'vo* que me salía á la cara, cuyo motivo era lo extraño que era yo allí para todos, me despedí del *somb ero*, cogí las niñas y *mamá* y salí de allí como alma que lleva el diablo, haciendo el propósito de no frecuentar más las *vecinas* de mis *soirées*, aunque hubiese más tranquilidad que en mi casa.

EDUARDO ARIAS.

A TI

Soné que ya no me amabas con igual amor que antes, pero dudaba soñando de traición tan infame. Duda, porque imposible era que tú no me amases... ¡Y aun soñando tuve miedo de abrir los brazos y ahogarte!

Antonio Arroyo Manjón.

CANTARES

Si las paredes hablasen, cosa que no puede ser, ya sabes que me dirían que no me quieres ni ver.

Antonio Moratilla.

Mira si eres maja, *maña*, que en saliendo á tu balcón, los *angelicos* te ruegan y gritan ¡viva Aragón!

A. Duran Tartajada.

Tanto te gusta jugar, que aun con mi cariño juegas; mira que el jugar con fuego trae muy malas consecuencias.

E. Paradas del Cerro.

Con amor tierno y ferviente mi vida la consagra, y en el altar de mi mente á su imagen coloco.

Eduardo Haro.

¡Por qué no me quieres, dí, si entre todas las mujeres tan solo á ti prefiero?

Eugenio Aceves Marín.

A tus ojos con el sol los comparo a todas horas, pues después que yo los miro parece el *stoy* entre sombras.

Ramón Martínez del Castillo.

Si en vez de estar en la tierra en el cielo te encontraras, los ángeles, por mirarte, andarían a *morradás*.

Esteban Caballero.

En ti puse mi cariño, y me ha llegado á pesar; si te adoro siendo un niño, hombre te tengo que odiar.

Juan Manuel Palacios.

A todo el que beba mucho compadécete de veras, que acálla remordimientos ó en el vino ahoga penas.

Elisa Casas.

Si á todo el que quiere bien un premio le concedieran, por tanto como te quiero, ¡cuántos premios me dieran!

Eufrosio Merino.

DEFINICIÓN

—¿Qué es un beso?

—Una expresión del corazón cuando ama; es, sin disputa, una llama del fuego de la pasión. Es sólo pura ilusión del alma que, sin agravios, hace vibrar en los labios murmullos del corazón.

Francisco Casañez Amat.

LA CONFIRMACION

Fué á confesar un gitano, y mientras la confesion le dijo el padre:

—Cristiano, ¿qué cosa es confirmación?
—No *chanelo*, *pave* niño, ¿á qué *engaña* á su *mercé*?
—¿Quien se confirma, hijo mío, se rectifica en la fe.
—¡Juy! Pare, soy un jumento; no entiendo.

—Es cosa sencilla, se confiere el sacramento dando un golpe en la mejilla.

—¿Una *yofetá*? ¡Chupé! Entonces, ya lo sabía, pues confirmo á mi mujer catorce veces al día.

José Gómez Echaurren.

EL LLANTO DE LAS FLORES

Era una de tantas niñas abandonadas á su misera suerte, una de esas despreciadas de la fortuna, sin hogar, sin pan y sin abrigo, que se pasaba la vida pidiendo limosna y rezando á la Virgen.

Era hermosa; tenía el cabello rubio, como lo tienen los ángeles, y los ojos azules y serenos, como sereno y azul está el cielo en uno de esos días en que el sol alumbra con más fuerza y la naturaleza luce sus mejores galas.

Amigos no tenía ninguno. ¿Para qué los necesitaba? Sus únicos compañeros, con los que compartía penas y fatigas, eran los pájaros y las flores.

¡Ah! Estas sí que eran buenas amigas. Eran las que la engalanaban, las que la embellecían.

La azucena le daba su blancura, su pureza, su candor; la rosa coloreaba sus mejillas y el clavel le prestaba los tintes de

sus hojas para que los labios de la niña fueran los más rojos que el mundo viera...

Un día aquella débil planta, sembrada en el ceno de este mundo, se inclinó al su-lo, tronchada por el vendaval de la miseria, que veía en ella una víctima más que contar entre las innumerables que ya poseía.

Se quedó dormida, en ese sueño eterno que se llama muerte, reclinada la pequeña cabecita sobre un montoncillo de paja y rodeada de sus amigas, de las flores, que, cerradas sus corolas, aguardaban el rocío de la mañana, como la niña aguardaba el beso del ángel que se la había de llevar á la gloria.

Sus rubias guedejas le servían de corona, rodeando aquel pálido rostro, poco antes encarnado por la vida y por la fiebre...

..... Amaneció: era una aurora triste, sin sol, sin alegría...

Las flores, las amigas de la niña estaban mustias, descoloridas, y se inclinaban hacia el cuerpo de la muertecita, para dejar caer sobre él unas gotas del rocío de la mañana, que no lograban darle vida.

¡Eran el recuerdo de las amigas de la niña!

¡Eran las lágrimas de las flores!

FRANCISCO SERRANO ANGUIA.

ROMANCE

A mi querido hermano Lorenzo.

Pensamiento que altanero sueños forjas y ansias sufres, parecés mal de ilusiones, sin que esperanzas te curen. Ni te acongejan quebrantos, ni te arredran pesadumbres, y si eres fiel en tu empeño, aunque pases te abumen.

Quimeras son tus afanes —¡afanes que no se cumplen!— como el placer engañoso, como los halagos dulces. ¡Qué agonía de deseos, que fuente de pesadumbres tener la vida en el llano y el ideal en la cumbre! Torna, torna á realidades, huye de tus sueños, huye, pensamiento que altanero sueños forjas y ansias sufres.

Miguel Prades.

EPILOGO

Ya no riegan el huerto las acequias, ni suben las celindas por las tapias, y es otra gente extraña que no mira la que ahora pasa

por aquella sendita en que, afanoso, he visto amanecer tantas mañanas, caminando en mi petro sevillano, que á su paso *verdones* expandaba, hacia la alegre casa que cubría como un arco la palma... con su corro de polcos, serio el perro en la puerta hacia guardia... Al verme daba su triunfal ladrido que hacía salir al ama con su rojo pañuelo sobre el busto, y en la buena sonrisa de sus labios todo el fresco del alba...

Ya no riegan el huerto las acequias, y no asoman celindas por las tapias.

Rafael Cansino Assens.

¡VUELVE POR OTRA!

Enamorado de Filo (esp:sa de un militar), no cesaba de rondar su casa el buen don Cirilo. La idea se le ocurrió de escribirle una cartita pidiendo ard ente una cita, que en seguida *conseguido*. ¡Oh, qué alegría! ¡Ahí es nada! Subió al piso don Cirilo, y no le recibió Filo, sino... ¡el *flío* de una espada!

Daniel Prades.



Empiezan á circular calendarios para la próxima temporada teatral; pero considerando nosotros prematuros, no queremos hacernos eco de aquéllos, pues sucede á veces que á quienes convienen determinadas combinaciones echan á volar las noticias con el fin de que alguien las recoja y rueden por la prensa, queriendo de este modo ejercer cierta presión sobre cualquier empresa que nunca pensó en ellos, aunque no consiguen siempre su objeto, por ser conocido el juego.

Dicho esto, claro está que sólo publicaremos lo que creamos fidedigno, aun á trueque de que se nos censure el no adelantar formaciones de compañías, planes de empresas y autores, etc.

Por hoy nos queda únicamente dar nuestra modesta opinión sobre el estreno celebrado en

Apolo.—Otro nuevo triunfo han alcanzado los Sres. Alvarez Quintero con su entremés lírico «El género ínfimo», deliciosa humorada en la que se ridiculizan con mucho salero los «salones de colores», hoy tan en boga. Los tipos que hacen desfilar ante el espectador están reproducidos del natural y demuestran la fina observación de los aplaudidos autores.

Las Srtas. Pretel, Brú y Taberner obtuvieron ruidosas ovaciones, y los Sres. Mesero (D. José), Carreras, Ontiveros, Carrión y Fernández sacaron todo el mejor partido de los papeles que tenían encomendados.

También estuvieron acertadísimos en la música Quinito Valverde y Barrera, repitiéndose, á petición del público, toda ella.

Para todos hubo aplausos y llamadas á escena.

Diego Garvi.

En provincias.

Sevilla.—Teatro Portela.—Sigu concurrendo mucho público á este bonito teatro de verano, donde los estrenos se suceden con frecuencia.

Desde mi anterior revista han tenido lugar los siguientes: «La niña tonta», de D. Carlos Olmedo; «Rupertito», de D. Víctor Pérez Díaz; «Por seductor», de D. Aureliano Fayula, y «El flaco de D. Ventura», original de D. Leopoldo Cotta, autor de «La perla negra».

Las tres primeras, aun cuando aplaudidas por el público, no merecen especial mención, carecen de novedad y ofrecen escasos atractivos. En el desempeño se han distinguido la Srta. Pacheco y el señor Vallejo.

Con respecto á la última, haré punto y aparte.

Aun cuando la obra está no más que regularmente hecha, el público entró en ella, como suele decirse, desde las primeras escenas y la aplaudió á la terminación, haciendo salir á escena á su autor diferentes veces.

El asunto, aunque no nuevo, está bien desarrollado y tiene algún gracejo. La interpretación aceptable por parte de algunos y bien por la de las Srtas. Pacheco y Hoyos y los Sres. Vallejo, Ferrer, Peláyo y Santiago.—*Feria.*

EL MARINO

A mi buen amigo Luis Arribas.

Nacido entre la bruma, curtido por el viento,
de su niñez arrullo fué el agitado mar,
su senda el Océano, su guía el firmamento
y el goce de su vida cifrado en navegar.

Cuando la tarde muere y gruesos nubes
se agolpan en el cielo en grupo desigual
y marchan en confuso tropel sus pelotones
entre el bramido furioso del ronco vendaval.

El capitán, inmóvil, contempla indiferente
las olas que levanta airado el aquilón,
cuyos audaces golpes evita desde el puente,
la vista al horizonte, la mano en el timón.

El temporal redobla sus ímpetus violentos,
se escucha en el espacio su estruendo resonar,
y el buque, sin gobierno, juguete de los vientos,
camina entre las olas, veloz, á naufragar.

No hay salvación posible, hacia la escueta roca.
en gigantescas pasos lo lleva el huracán,
do la imponente furia y la soberbia loca
del mar y de los vientos al buque estrella-
rán.

Y en tanto que su barco se hunde lentamente
entre angustiosos gritos que piden salvación,
el sólo queda inmóvil, sereno sobre el puente,
la vista al horizonte, la mano en el timón.

Jacobo Abruñedo.

TU RETRATO

A la preciosa Srta. María Montoro.

¿Dices que te escriba versos
en tu abanico, María?
Nunca los haré tan buenos
como tú los necesitas;
pero, en fin, iré diciendo
que tu cara es muy bonita,
que tienes tez nacarada,
sonrosadas las mejillas,
pelo negro y ondulado,
dientes como perlas finas,
ojos igual que las moras,
labios cual la purpurina;
y en estos versos te mando
tu mejor fotografía.

Ramón Gaztambide.

EN LA CASA DE CAMPO

Del mes de Mayo era un hermoso día;
pescando muy tranquilo me encontraba,
y otra cosa que el sol no me picaba
y... soberanamente me aburría.
Vi al fin que la velata se movía
y que bastante aprisa se ocultaba;
¡algún barbo que el cebo se llevaba!
supuse, todo lleno de alegría.

Doy el cachete ansioso y anhelante
y noto que hace peso y resistencia.
No acierto á describiros mi impaciencia,
lectores, fué un momento emocionante.
Tiro del hilo, y veo al poco rato
que sale en cada anzuelo... un galipato (1).

Enrique Rodríguez.

EPIGRAMAS

Al tenor Andrés Casaba,
que es malo por excelencia,
lo silbaban con frecuencia
cuando en ópera cantaba.

Una noche en Don Benito
le silbaron con furor,
y éste dijo sin rubor:
—¡O callan ó lo repito!

(1) Vulgo lagarto de aguas, y por cierto en extremo repugnante.

—¡Qué voz más fresca y sonora
tiene usted, bella Sofía!
¡Jesús, qué altos, madre mía!
¡Vaya unos bajos, señora!
¡Y qué hermoso, cielo santo,
es su registro del centro!
¡Ay, si oyendo á usted me encuentro
extasiado con su canto!

A. Delgado Castilla.

MALAGUEÑAS

Una mujer y una gata
domestico yo á la vez;
los arañazos que tengo
son todos de la mujer.

Permita Dios que te siga
un novillo imaginario,
que tropieces ante mí
y que caigas en mis brazos.

Ángel Villar.

UNA LÁGRIMA

Brotó en mi corazón el sentimiento
y en el tuyo venció pronto el olvido
del hombre que siempre te ha querido,
del hombre que en ti tiene el pensamiento.
La dicha que gocé por un momento
hoy me ha dejado solo, entristecido.
Dicha feliz, ¡hasta cuándo te é perdido?
Ven á mi lado, devuélveme el contento.
Ya no das á mi alma aquel consuelo
que llenaba á mi ser de dicha tanta;
de tal manera vencieron tus antojos,
que recordándote si siempre con anhelo
la tristeza se ahoga en mi garganta
y una lágrima brota de mis ojos.

Ricardo Gómez.

A LOLA

Tú estabas junto á mí, Lola querida;
yo, sentado á tu lado, te miraba,
de vez en cuando triste suspiraba
y te hablaba con voz muy compungida.
—No dudes de mi amor, Ricardo mío—
me decías en tono suplicante.—
Yo siempre para ti seré constante.
Que tú me quieras tanto es lo que ansio...
Y escuchándote lleno de embeleso
mi alma de placer se estremecía,
y cegado de amor, Dolores mía,
en tu boca preciosa estampé un beso.

Salvador Gamborino.

SIEMPRE LO MISMO

Troca el cielo su azul por la negrura
de el relámpago traza una espiral,
que anuncia en inequívoca señal
lo que se está fraguando allá en la altura.
De la nube su negra vestidura
rasga el granizo, y con violencia tal
desciende entre el furioso ventaval,
que al chocar con la espiga la tritura.
Temblando el labrador, marcha al sembrado,
y al contemplar los frutos por el suelo
su pérdida lamenta desolado,
mientras que el sol disipa el negro velo,
y ajeno á los efectos del nublado,
espléndido á lucir vuelve en el cielo.

J. Corona y Fernández.

CORRESPONDENCIA LITERARIA

Entusiasta de la Cohen.—Entra en turno.

B. R. del O.—Se puede enviar al punto que usted indique por el mismo precio. No podemos complacerle en lo referente al monólogo. Lo que hoy remite no sirve. No conocemos ninguno.

Los Melancólicos.—Se publicarán.

A. N.—La que hoy remite se publicará.

B. T.—Será usted complacido.

S. A.—No son publicables.

S. G.—Entra en turno.

C. S.—Lo mismo decimos á usted respecto á la charada.

O. D.—Se publicará.

L. F.—El asunto es de libre elección. En nuestra redacción: Alcalá, 23.

F. S. A.—Muy bonitos. Se publicarán.
A. S. C.—Entran en turno.
T. D. M.—No se perderán y los publicaremos.

B. de la C.—Se publicará. Procure usted evitar que asonanten unas estrofas con otras, porque desmerece el trabajo.

D. H.—*Alarjos*.—Aunque la *cultura* de esa *criatura* tan *pura* le proporciona *ventura*, la estrofa no tiene *cura*. Mande otra cosa.

A. A. M.—Se publicará.

R. M. del C. M.—*Salamanca*.—Entran en turno.

A. G. G.—No son publicables. Tiene usted que aprender aún mucho, joven.

M. P.—Se publicará.

E. H.—Nada tiene que agradecerme. Algo aprovecharemos de su nuevo envío.

J. H. C.—*Valencia*.—Han de ser inéditos. Con lema y la firma en sobre aparte.

M. T.—Mande otro trabajo de distinta índole; éste no nos resulta.

J. M.—Además de no ser nueva la idea de la seguidilla, la palabra *feroz* del último verso resulta ídem.

A. R. A.—Es personalísimo. Mande otra cosa.

R. C. A.—Se publicará.

A. J. Z.—No sirven sus cantares. Envíe otros y veremos.

A. T. S.—*Játiba*.—Procuraremos complacerle.

J. V. B.—*Valladolid*.—Lo mismo decimos a usted, pero procure en lo sucesivo no personalizar las asuntos.

M. J.—Los cantares que envía son muy endebles. No entendemos bien lo que pregunta respecto al boletín.

J. S. P.—*Barcelona*.—Tiene algunos defectos de difícil corrección. Envíenos otros trabajos y le complaceremos.

J. G. G.—Se arreglará.

F. G. R.—Está bien escrito, pero el asunto no es tan importante que nos obligue a emplear en él un espacio de que no disponemos. Envíe otra cosa.

F. V. M.—*Pinos Puente*.—Es muy defectuosa. ¡Ah! Recomendamos a usted un repaso de gramática, sobre todo en su última parte.

Pérez H.—No, señor; no nos lo parece. Envíe otra cosa.

P. C.—No publicamos nada con pseudónimo. ¿Tiene la bondad de indicarnos en qué revistas tiene acreditada esa firma?

A. varios.—Hemos recibido originales para el concurso de cuentos de los señores siguientes: E. G., L. V., A. G. G., J. C. F., A. S. C., *El Trapero Verde*, J. S. de L., *¿Mando el retrato?*, R. G., *Correíedile*.

CORRESPONDENCIA DE ENCARGOS

Nuestros suscriptores tienen derecho a que se les ejecute gratuitamente cuantos encargos puedan venirles en esta corte. Para recibir contestación particular deben enviar un sello de 15 céntimos; de no, se les responderá en esta sección.

G. V. C.—Cáceres.—La suscripción de usted finaliza el 30 de Agosto del corriente año.

Queda tomada nota del número que ha remitido para el sorteo.

A. T.—Barcelona.—Contestando al encargo que nos hace, diremos a usted que lo mas practico para lo que desea, al par que económico, es el Método de Ahu, que se compone de dos cursos con sus temas correspondientes. Esta obra cuesta 5 pesetas, mas lo que ascienda el franqueo y correo, que no baja, de 0,75 de peseta, ni teniendo inconveniente en remitirlos si nos hace de los fondos necesarios en libranza del Giro mutuo.

M. A.—Las Navas.—Los pañuelos que nos indica en su carta los hay de cuatro orillas, en colores variados, tamaño 70 cen-

tímetros, y su valor es de 15 pesetas el 1/4 docena. Los hay algo mas económicos, pero son mas pequeños y de inferior calidad.

Dentro de breves días contestaremos a usted respecto del otro asunto que nos ha confiado.

S. R.—Huesca.—Estuches con seis cubiertos de plata de lev. los mas baratos son de 105 pesetas. Si se han de grabar iniciales le hace subir 15 pesetas más. Como el regalo quiere usted hacerlo en día determinado, debe tomarse la debida anticipación para dar tiempo al grabado de las iniciales.

H. G.—Córdoba.—El recibo que nos ha mandado para su cobro no ha sido hecho efectivo, porque la persona que habia de satisfacerlo se halla en la actualidad ausente de Madrid. Diga si se lo devolvemos ó si se espera el regreso.

B. M.—Linares.—Estando a la vista para adquirirle el objeto que desea, no excediéndonos del importe que tenemos en nuestro poder, según nos manifiesta.

B. B.—Valverde (Canarias).—Queda hecha su suscripción, que finalizara el 30 de Julio de 1902.

R. Muñoz.

CONOCIMIENTOS ÚTILES

Nuestros suscriptores pueden pedirnos gratuitamente las formulas que deseen de todas las industrias y cuantos procedimientos sean conocidos en todos los ramos del saber. Para recibir contestación particular deben enviar un sello de 15 céntimos de peseta.

También nos encargaremos del envío económico de cuantas sustancias y aparatos puedan necesitar.

Modo de quitar el barniz al cuero.—Basta verter aceite de nafta en cuero viejo para que el barniz se reblandezca, lo que permite quitarlo enteramente con un raspador.

Si el cuero no está deteriorado, es facil darle otra capa de barniz del color que se desee.

Decalca de un grabado sobre lienzo.—Se decalca muy bien un grabado sobre lienzo, aplicando éste sobre el grabado é impregnándole por detras de colodión.

Quizas pudiera conseguirse el mismo resultado sobre madera impregnado el grabado.

Vino espumoso de grosellas.—Cójense las grosellas muy maduras; exprímense en un tonel ó pipa, de modo que el zumo salga claro; añádase un poco de agua si el líquido resulta muy espeso y un poco de azúcar; introdúzcase todo en una pipa nueva que no haya contenido vino ó cerveza. Al poco tiempo comienza la fermentación.

Cúbrase la abertura con un trapo, tápese el tonel pasadas tres semanas y déjese abierto el respiradero hasta que el vino haya cesado de fermentar, lo que sucede á fines de Octubre.

Este vino conservado en su hez durante dos años mejora en calidad.

Gusanos que atacan á la madera de los muebles.—Para evitar que los gusanos destruyan la madera de los muebles no hay mas que introducir esencia de trementina en los agujeritos hechos por dichos gusanos y barnizar con este liquido el mueble de arriba abajo.

Modo de obtener el esqueleto de una hoja.—Basta colocar la hoja vegetal de plano sobre la rodilla y golpear fuerte algunos instantes con un cepillo de ropa. Quedan únicamente las nervaduras, enteras y caladas con suma delicadeza.

Manchas de grasa en las ropas.—En la ropa blanca se emplea el jabón y las lejías; en los tejidos de color de lana ó algodón agua de jabón tibia ó amoniacal; en la seda benzina, éter, amoniacal, polvo de magnesia, creta ó yema de huevo.

Procedimiento para pintar al óleo sobre el marfil y sobre el hueso.—Se disuelven 5 decigramos de nitrato de plata cristalizado en una disolución gomosa clara preparada con agua y 4 gramos de goma en polvo.

No deben usarse para escribir plumas de acero.

SECCIÓN RECREATIVA.

Las soluciones á los pasatiempos publicados en nuestro número anterior son como sigue:

- 1.º—AMERICANA
- 2.º—FRAN. ISCO
- 3.º—ENRIQUETA
- 4.º—NAVALPERAL
- 5.º—MICELA
- 6.º—HERRERIA

Habiendo dado soluciones conformes don Octavio Mateos, D. Antonio Torres, Pepito, Rafael y el Noy, Los Melancólicos, Luis Fernandez (a) Lunaritos, D. M. Durán Tartajada, D. Odón Durán, D. A. Arroyo Manjón, D. A. Niño, D. Justo Requejo, la simpática peinadora Basilisa, D. Juan Salazar, D. Agustín Ruano, Basilio y la Nena, D. Rafael Ayala, D. Auspicio Relea Fernández, El señor Angel el impresor, Lorenzo y Miguel el sordo, Un entusiasta de la Cohen, D. Pablo Racamonde, B. R. del O. y Casimiro José (B), el Relampago, de Madrid; D. Julio Cola Belver, de Valencia; D. Antonio León Ballesteros, de Valdepeñas; D. Juan Angulo, de San Paulo; don Eduardo Gallego, de Ciudad Real, y don José Pérez, de Murcia.

PASATIEMPOS CHARADAS

1.º
En todo sentado un día
me puse á reflexionar
que era la *tres* consonante
y la *primera* vocal,
y la *segunda* una nota
de la escala musical.

Ciro Serdán, de Palencia.

2.º
Mi *primera* repetida
vi anoche en el teatro
con una *segunda* prima
que me propuso buen trato.
En mi *segunda* *tercera*
buena raza encontrarás,
y pasando por el todo
de un refrán te acordarás.

Los Melancólicos.

3.º
Para evitar que la *TODO*
prima *tres* muy á menudo,
su *dos* *dos* la ha prohibido
que frecuente baile alguno.

Justo Requejo, de Madrid.

4.º
Por un *prima* repetida
lágrimas llora mi *TODO*.
Pues yo no encuentro *dos* *tres*
para llorar de ese modo.

A. Arroyo Manjón.

CHARADA PARTIDA

En medio de una figura geométrica colocar una nota musical; el *TODO* especia.

M. Durán Tartajada.

JEROGLÍFICOS COMPRIMIDOS

2 pa 2

Odón Durán, de Madrid.

7.º

Juego IK

Alberto Gallego García.

Todos los que remitan á esta Gerencia una solución antes del día 9 del próximo mes de Agosto tienen derecho á adquirir por la mitad de su valor uno de los libros que editamos y que van detallados en el catálogo especial RESERVADO que, enviando un sello de 15 céntimos, remitimos bajo sobre cerrado, pues por su índole ESPECIAL no puede mandarse como impreso.

A. BORRÁS.

